

Cuentiembre - Sara Pérez Hernández

Sara Pérez Hernández



Capítulo 1

Como si no fuéramos nada...

Lucas y yo estamos sentados en la arena mirando la orilla de la playa. Es de noche y hace un frío tan intenso que me cuesta respirar. La cabeza me da vueltas. Quizá sea porque me he tomado alguna copa de más, o puede que hayan sido dos, o tres, no lo sé.

-Martirio, ¿Qué te pasa?- Me pregunta él.

Yo no aparto la vista del mar. Le he pedido que salgamos de la fiesta y que vengamos aquí. Solo me apetecía salir de aquel manicomio lleno de caretas y antifaces.

-¿No te das cuenta? -le miro.

Él me mira sin saber qué responder.

Y mientras devuelvo la vista a aquella inmensa mancha negra, le suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

-¿No te das cuenta de lo fácil que sería desaparecer? Lo fácil que sería ir corriendo hasta allí, desaparecer entre las olas, que nos arrastraran con ellas hasta lo más profundo en sus entrañas, sin importarles que seamos algo y nos conviertan en nada. Nos arrastrarían con ellas, como si no fuéramos nada... Y ya no existiríamos. Ya no seríamos guapos, feos, altos, bajitos. Ya no seríamos nada. No sentiríamos nada... solo las últimas caricias de las olas diciéndonos adiós. ¡Sería tan fácil como ir corriendo hasta allí y...!

-Martirio, ¡espera!-escucho el grito de Lucas ya muy lejos.

Sin darme cuenta me he echado a correr, desesperadamente, y ni si quiera siento la arena bajo mis pies, ni si quiera siento las lágrimas que me nublan la vista, ya el frío desapareció.

-¡Martirio!

Noto cómo mis pies entran en contacto con el agua gélida, que hace que mi corazón se detenga por un momento. No me importa y lucho contra las olas que rompen contra mí, para ser parte de ellas. ¡Quiero ser parte de ellas y no sentir nada!

Sigo avanzando contra la pesada espuma que me advierte que retroceda, pero me caigo, y el mar me envuelve ferozmente, devolviéndome los sentidos. Pasan los segundos, y me doy cuenta de que estoy atrapada. Y

es entonces cuando noto que me falta el aire.

Pasan segundos, minutos. Estoy perdida bajo el agua, intentado no sentir nada. Pero siento miedo.

Una mano me arrastra, me ayuda a llegar hasta la superficie. Es Lucas, le siento. Siento cómo me acuesta en la arena, pero...

-Lucy, despierta.

Pero abro los ojos. Estoy junto a Lucas, que me acaricia dulcemente para que me despierte. A mi alrededor, veo botellas de alcohol rotas en el suelo, vasos tirados, preservativos abiertos, comida por las paredes...

Capítulo 2

Quiéreme

Estamos en su cama. Deslizo mis manos por su cuerpo y noto cómo se le eriza la piel. Solo se oyen los latidos acelerados de dos corazones unidos en una habitación oscura.

Estamos queriéndonos.

De repente ella deja de abrazarme y se aparta de mí. Le pregunto qué le pasa y me susurra con voz tímida, casi culpable:

-Quiero quererte...

Yo la envuelvo entre mis brazos y sin dudarlo le pido en voz alta que me quiera.

Su voz se vuelve casi inaudible cuando me responde.

-No puedo...

Ahora comprendo qué le pasa. Me siento como si sus caricias hubiesen sido arañazos. Ni si quiera le respondo, sólo soy capaz de levantarme de su cama, aún desnuda. Empiezo a vestirme lentamente y ella no me detiene, mientras yo espero que lo haga, y eso es lo que más me duele.

-¿Te vas?

-No quiero estar aquí cuando lleguen tus padres.

-Ellos no sospechan nada.

Nada. Así es como me siento. Vacía. Ella no quiere que nadie sospeche, somos un delito.

-Tú te avergüenzas de mí.

Ahora es ella quien no me contesta, y desato toda mi furia, me enfado con ella, con el mundo entero y conmigo misma por haber creído todo este tiempo que me quería. Todos esos besos, las miradas, eso no había sido amor, porque el amor no se esconde, cuando quieres a alguien sientes que quieres gritárselo al primero que te encuentras por la calle.

Ya no puedo reprimir mis lágrimas y le suelto con asco mis últimas palabras.

-No quieres aceptar que te quiero y que tú quieres quererme.

Pasan unos segundos y ella también rompe a llorar. Qué falsa. En realidad no está enamorada de mí. Yo ya estoy vestida y me voy, salgo de su habitación huyendo de ella. Avanzo rápidamente por el pasillo, pero cuando llego al recibidor, sus padres están allí. Yo ni si quiera les miro, pero siento sus ojos clavados en mí mientras abro la puerta para salir de allí, sin intención de volver jamás.

Capítulo 3

Viernes

Otro viernes más, Héctor y yo estamos juntos. Ya he perdido la cuenta de cuántos han sido. Quizás llevamos ya algo más de un año quedando. Le miro mientras conduce de esa forma tan sexy.

Vuelve la cabeza hacia mí y me pilla mirándole, ambos sonreímos.

-¿A dónde me llevas?

-No tengo ni idea-me responde mientras vuelve a mirar la carretera sonriendo.

-Odio cuando sonrías así.

-Lo sé-y vuelve a sonreír.

Ni si quiera recuerdo la primera vez que me subí a su coche, pero sí recuerdo que no hemos ido nunca dos veces al mismo sitio.

De repente sale de la autopista y conduce por una cuesta, un camino de piedras.

-¡Héctor nos vamos a perder!

-¿Alguna vez te has perdido estando conmigo?

-No...

-Pues ya está.

Él me quiere y yo le quiero, pero aun así no le hemos puesto nombre a lo nuestro. ¿Realmente hace falta?

-Cierra los ojos.

-¿Qué?-le miro atónita.

-Que cierres los ojos.

-No-digo riendo.

Él detiene el coche.

-Pues no pienso seguir hasta que los cierres.

Me mira y yo no puedo aguantar la risa.

-Está bien.

Y cierro los ojos. Noto cómo el coche se tambalea entre las piedras, hasta que al fin se detiene. Héctor se baja y me abre la puerta, aún tengo los ojos cerrados. Me ayuda a bajar y a caminar hacia delante.

-Ya puedes abrirlos-me susurra.

La brisa del mar llega hasta nosotros y se cuela por mi nariz. Abro los ojos y veo ante mí el enorme y monstruoso Océano Atlántico, estamos al borde de un acantilado.

-Ya habías estado aquí-es lo único que se me ocurre decirle.

Aun estoy de espaldas a él.

-Nunca te has dado cuenta.

Me doy la vuelta para mirarle.

-Siempre, antes de quedar contigo, buscaba lugares como éstos, que te gustasen, que te impresionasen. Más de una vez me perdí, ¿sabes?-me confiesa tímidamente.

Sin querer me pongo a temblar. Camino hacia él, que está apoyado en la parte delantera del coche. Imito su postura y ambos miramos al mar.

Permanecemos un rato así, sin saber qué decir. Saco la caja de cigarrillos que guardo en la chaqueta y me llevo uno a los labios. Él me mira mientras lo enciendo.

Doy una calada y hago como que no me está mirando. No sé qué decirle, nunca antes me había puesto nerviosa estando con él.

-Dame un cigarro.

No le obedezco, y tiro el mío al suelo. Tras pisarlo, me armo de valor.

-Dame un beso-le pido mirándole a los ojos.

Acaricia mi pelo con sus manos y me besa.

Le abrazo como si fuese a caerme por el precipicio, aferrándome a él para

que ese abrazo no termine nunca.

-Te quiero-le susurro.

-Te quiero-me susurra.

Nos lo decimos por primera vez.

Capítulo 4

Una conversación pendiente

-Amigo, ayer la vi. Estaba lejos de mí, pero estaba aún más lejos de lo que ella antes había sido. La miré desconcertado, no entendía por qué había cambiado. No la veía desde hacía años, cuando aún vestía de rosa y no se atrevía a pintarse los labios.

-¿Le hablaste?

-No me atreví.

-¿Por qué?

-¿Y si también cambió su forma de hablarme? Yo no soy nadie para ella, me marché sin decirle nunca lo que sentía, aunque ella era siempre dulce conmigo...

-¿Y por qué crees que ahora no lo será?

-Porque igual que cambió el rosa por el negro, cambió su dulzura por la frialdad.

-¿Aún la quieres?

-Ahora no sé quién es.

-Habla con ella tío.

-No tengo nada que decirle.

-Entonces, ¿te vas a ir mañana otra vez sin decirle lo que sientes?

-Nunca podré decírselo. Ésa chica de la que yo me enamoré se fue conmigo, cuando me marché. Lo único que me queda de ella es el recuerdo. A la mujer que es ahora, no tengo nada que decirle.

Capítulo 5

Te fuiste

Te fuiste, y fue imposible detenerte, igual que es imposible detener una puesta de sol. Ahora las noches me recuerdan a ti. El día me recuerda lo que fuimos. Pensarás entonces que no dejo de pensarte, pero no es así. Hay un momento en el día, un amargo momento en el que pienso en mí. Es justo cuando veo el sol desaparecer, te veo a ti en él y no puedo mirarte a los ojos, me cegas con la luz de la culpa. Entonces pienso en todo lo que yo hice mal, te dejé marchar solo porque necesitaba saber si te quería de verdad.

Y es en ese preciso momento, cuando el sol está a punto de esconderse, cuando me doy cuenta de que te quiero.

Y te marchas, me dejas a oscuras, dejas que el frío de la noche inmovilice mis huesos.

Y así permanezco, sola bajo las estrellas hasta que tú vuelvas.

Capítulo 6

Un amor a primera vista

Ignacio lleva mirando un buen rato la gente pasar tras el cristal de la ventana de su restaurante. Era increíble cómo había crecido tanto, dentro hacían falta mesas. Sin embargo él se sentía vacío.

-Jefe, ¿está usted bien?-le pregunta un camarero.

-Sí, sí...

Deja de apoyarse en la pared y se encamina hacia las mesas de la tarraza. Ve a unos clientes que acaban de llegar y se dirige, seguido por un impulso, hacia ellos. Es una pareja de adolescentes.

-Hola chicos, buenas noches.

-¡Buenas noches!-responden los dos la unísono.

-¿Ya sabéis qué queréis tomar?

-Una pizza margarita y dos coca-colas, por favor-responde la chica.

-Muy bien, en seguida os lo traigo-respondió mientras lo memorizaba.

"Parecen muy enamorados", pensó. Aquella quinceañera morena de ojos oscuros tomándole la mano a su novio, alto pero tímido, les recordó a él y a su mujer. Sintió una pizca de nostalgia, pero sonrió al mismo tiempo inconscientemente.

Justo antes de volverse para ordenar el pedido, la chica le detuvo.

- ¡Bonito acento! ¿De qué parte de la peínsula es usted, señor?-la chica le miraba con ojos curiosos.

El novio la miró mientras el rubor se apoderaba de sus mejillas. Ignacio tardó varios segundos en contestar.

-Pues... soy de León.

-¿Y ahora vive aquí?-inquirió.

Ignacio avanzó unos pasos más hacia la mesa.

-Pues sí.

-¿Y cómo cambió León por Canarias?

Nunca antes le habían preguntado eso.

-Verás... vine a pasar tres meses aquí hace cuarenta y tres años.

Al mismo tiempo se miró las manos, ya cansadas y torpes.

-¡Jefe, le necesitamos en la cocina!-le llamó otro empleado.

Ignacio sonrió a la pareja antes de volver a la cocina. Pensó en lo rápido que había pasado el tiempo, en que pronto se jubilaría y que tendría que dejarle el negocio a alguien... pero nunca tuvo hijos.

-¡Una margarita recién echa!-gritó el cocinero.

-Yo me encargo-se ofreció el camarero.

-Me encargo yo-todos miraron a Ignacio mientras cogía la pizza.

Pero antes de llevarla a la mesa de los enamorados se dirigió al cajón del mostrador y cogió algo.

Avanzó torpemente entre el gentío hasta que llegó de nuevo a ellos.

-Aquí está-dijo sirviéndoles.

Otra vez, justo antes de irse, la chica le detuvo.

-¿Fue por amor, verdad?- el novio la miró de nuevo ruborizado después de que ella hiciera la pregunta.

Ignacio sacó la foto que había cogido del cajón.

-Sabía que me lo preguntarías... se llamaba Elena- confesó enseñándole la antigua foto de su mujer.

La chica la tomó en sus manos y observó aquella mujer joven, de algunos años más que ella, aquella mirada inocente en blanco y negro.

Entonces su mirada se cruzó con la de Ignacio.

-¿Por qué no toma una silla y se sienta con nosotros?

Ignacio se sentó junto a ellos para contarles su historia a los que serían,

en un futuro, los nuevos dueños del restaurante.

Capítulo 7

Álex

Emma estaba esperando la llegada de Alejandro. No se veían desde hacía meses, pues él era militar y había estado destinado fuera desde el verano. Hoy por fin regresaba a casa, y ella había estado esperándolo durante horas.

Ya estaba aburrida de ver la televisión, así que decidió darse un baño. Seguramente Álex no llegaba por el tráfico. "Es lo malo de vivir en el centro de la ciudad", pensó.

Pero, justo antes de levantarse, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sentía una mirada clavada en su espalda. Se giró lentamente, y descubrió a su vecino con sus ojos puestos en ella.

Por un segundo sintió miedo. Se levantó y cerró la cortina para que ya no pudiese mirar más.

Mientras se dirigía hacia el cuarto de baño pensó si debería contarle a su mujer, que además era su amiga, que su marido se dedicaba a vigilarla por la ventana.

Emma se fue deshaciendo poco a poco de la trenza que se había echo. Se miró en el espejo y sonrió. Hoy se sentía especialmente guapa. Le gustaba mucho la combinación de su pelo rubio con sus ojos verdes. Admiró con orgullo su cuerpo, que no pasaba desapercibido cuando caminaba por la calle.

Lentamente se quitó la blusa, y dejó caer el sostén al suelo al igual que la falda. No llevaba puesto nada más.

Se metió en la bañera al mismo tiempo que empezaba a salir el agua hirviendo. Se le erizó la piel mientras sentía cómo su cuerpo se iba relajando cada vez más.

Poco a poco fue cerrando los ojos, y se dejó llevar por el deseo de ver a su novio. Se lo imaginó entrando en su apartamento. Empezaría a buscarla, y la encontraría allí, en la bañera, desnuda. Se metería con ella, la abrazaría, la besaría, pasarían allí toda la noche.

De repente se oyó un portazo.

A Emma se le aceleró el corazón.

Se oyeron unos pasos avanzando por el pasillo.

Despacio.

Emma no pudo chillar, se olvidó incluso de respirar. Ahí estaba él, observándola.

Su vecino sonreía desde la puerta del baño.

Emma debía ser valiente.

-Fuera de mi casa-susurró.

Él parecía no entender y en cambio se quitó la camisa.

-¡Fuera!

Se quitó los zapatos.

Emma pensó lo más rápido que pudo, cogió el jabón y saltó de la bañera, echandoselo al hombre en la cara, haciendo lo posible para que le cayese en los ojos, sin embargo él fue más rápido y le propinó un puñetazo que la dejó inconsciente.

-Jódete zorra-dijo escupiendo las palabras.

Pero justo cuando se abalanzó sobre el cuerpo de ella, se oyó otro portazo.

Álex.

Capítulo 8

Nota encontrada en un abrigo. 1891

Querido Juan:

Juan se seca las lágrimas que caen por sus mejillas, mientras se maldice por haber sido un cobarde.

Capítulo 9

Te dejo

Como todos los sábados, a las diez de la noche Gabi ya se había comido dos pizzas enteritas. Ella sola. O bueno, casi. Tenía justo el último trozo de la pizza barbacoa delante de ella.

Pero ésta vez, antes de llevársela a la boca, se quedó pensando. ¿Realmente seguía teniendo hambre?

Luego se miró los muslos. ¿De verdad tenía sólo dos?

Un suspiro de escapó de sus labios sin querer. Se sentía completamente vacía.

Comprendió que no tenía hambre y arrojó el trozo al suelo con rabia. ¿Por qué había dejado que un idiota la hiciese sentir tan sola?

Él, su novio, estaría a punto de llegar. Había pasado toda la tarde fuera, como siempre. Toda la semana trabajando, llegaba el fin de semana, y ¿para qué pasar la tarde con ella? Podía dejarla sola en casa e irse con sus amigos. ¿Para qué llevarla? Era mejor que se quedara en casa. Ella estaba gorda.

A Gabi se le escapó una lágrima. Luego dos. Los sentimientos que no se había atrevido a reconocer explotaron en su interior.

Y de repente se levantó del sofá. Se pasó la camiseta del pijama por las mejillas y se hizo mejor la coleta. Estaba harta.

Subió hasta la habitación, abrió el armario y cogió toda la ropa de su novio. La puso en una bolsa de basura. Seguidamente cogió los zapatos e hizo lo mismo.

Bien.

Ahora solo faltaban los demás objetos: relojes, cepillo de dientes, peine, gomina, etc. Todo eso lo tiró por la ventana.

Bajó las escaleras casi corriendo, abrió la puerta del piso y dejó las dos bolsas de basura ahí. Si alguien las encontraba y las robaba mejor.

Gabi cerró la puerta. Y la de su corazón también.

Luego se sentó de nuevo en el sofá.

Miró la cinta de correr que tenía sin usar desde hacía años en la terraza.

Mañana sería un buen día para empezar.

Capítulo 10

Por casualidad

Sergio estaba perdido. Y de mal humor. *Muy* de mal humor. Justo hoy le habían hecho cambiar su ruta y debía repartir las cartas al otro lado de la ciudad, y para colmo, era lunes.

Iba conduciendo mientras miraba atentamente las indicaciones de las calles, y de pronto comenzaron a caer unas gotitas en el cristal. Empezaba a llover. Genial. Parecía que era su día de mala suerte, aunque últimamente pensaba eso todos los días. Reconoció que desde que había dejado de fumar todo le molestaba.

Por fin encontró el edificio donde le tocaba repartir tres cartas. Miró a ambos lados de la calle, y como no había aparcamiento, decidió aparcar en la puerta del garaje. "Solo será un momento", pensó. Se bajó del coche y leyó los nombres: Don Eduardo Rodríguez, Doña Ana Delgado y Doña Ángela Estévez. Ése último nombre le sonaba un montón, y el no saber de qué, le llenaba de curiosidad.

Decidió que dejaría esa carta tan intrigante para el final y se dispuso a repartir las demás, cuando oyó un claxon a su espalda y la voz de una mujer que le gritaba:

-¡Eh, tú, que te he visto! ¡Quita tu coche de ahí!

Sergio se dio la vuelta para contestarle. Se fijó en ella, tenía una llamativa melena color chocolate, muy rizada.

-¡Solo será un momento señora!

-¡Pero yo quiero entrar en mi garaje, estúpido!

"Será malcriada..." Sergio no tuvo más remedio que mover el coche y buscar otro aparcamiento. ¿Qué más le podía pasar?

Finalmente encontró uno un poco más lejos. Entró en el gran edificio rojo y, tras perderse un par de veces, les repartió las cartas a Don Eduardo y Doña Ana. Le quedaba la misteriosa carta de Doña Ángela. Quinto piso, puerta 53.

Mientras subía las escaleras se imaginó cómo sería. ¿Tendría el cabello rubio y los ojos azules como los ángeles? ¿Y por qué le sonaba tanto su nombre?

Había llegado el momento de saberlo. Tocó la puerta y esperó un par de segundos. No obtenía respuesta, estaba a punto de pasar la carta por el

agujerito alargado que había en la puerta cuando se oyó el sonido de una cerradura abrirse.

A Sergio se le aceleró el corazón sin querer.

Ángela abrió la puerta.

Los dos se quedaron sin palabras.

-Ésta carta es para ti, toma...-se atrevió a decir él entregándosela.

-Gracias...-dijo la mujer de la melena color chocolate, muy rizada.

Sergio se dispuso a marcharse, pero ella le detuvo de nuevo.

-Oye, perdona lo de antes... fue sin querer.

-Tranquila, yo aparqué en la puerta de un garaje, eso me hace ser estúpido.

Ella soltó una carcajada. De repente a Sergio le pareció increíblemente guapa. Tenía un cuerpo que no pasaba desapercibido, pero lo que más le llamaba la atención eran sus ojos color miel. ¿Dónde los había visto antes...?

-La verdad es que no sé qué me pasa hoy, llevo un día de perros.-se disculpó ella.

De repente Sergio recordó de qué conocía a aquella mujer.

-iTú eres Ángela!-exclamó.

-Sí, es lo que pone aquí-dijo ella extrañada, señalando la carta.

Él sonrió divertido.

-¿No te acuerdas de mí?

-No...

-¿No te acuerdas de Sergio el Bola?

Ángela lo miró un segundo detenidamente. Entonces rompió a reír y también se puso rojísima.

-iSergio, cuánto tiempo!

-Demasiado... ¿Cuánto hace? ¿Por lo menos veinte años no?

-Pues sí... qué recuerdos... parece que fue ayer cuando aún íbamos al colegio. ¿verdad?

-Pues sí.

-¡Y qué casualidad! Anda, entra, te invito a un café.

Al parecer el día de Sergio no era tan malo como parecía, ni el de Ángela tampoco. Ambos se habían reencontrado con el amor de su vida.

Capítulo 11

La puesta de sol

Julia estaba tendiendo la ropa en su terraza. Mientras, sonaba una música latina en la radio. Sin querer se le movían los pies, y daba algún giro al ritmo de la canción. No recordaba la última vez que había salido de fiesta.

El pelo le caía rebelde sobre la espalda, rizado y rubio si se exponía a la luz del sol. Llevaba un vestido amarillo. Parecía que la tonga de ropa crecía por momentos y que nunca acabaría, pero a ella le daba igual. Estaba disfrutando de su baile.

El sol se estaba poniendo poco a poco y eso a Julia le encantaba. Desde el ático donde ella y su marido vivían, las vistas eran increíblemente hermosas. Se podía admirar el mar y los barcos que salían del puerto, o también el inmenso jardín del pueblo, lleno de fuentes, palmeras y flores.

A pesar de ver cómo el sol se ponía, ella no se dio cuenta de que se estaba haciendo tarde. La música seguía sonando, y ella bailaba. Se sentía libre. Por un momento se olvidó de la ropa y cerró los ojos. Se imaginó a sí misma bailando en aquel jardín, con unos tacones de brillantes. Se dejó llevar y comenzó a tararear la canción.

Pero se hacía tarde.

Julia movía su pelo, sus manos, sus pies.

De repente se oyó un portazo. Julia se quedó paralizada. Pasaron un par de segundos. La cristalera de la terraza se abrió. Era él.

Ella no dijo nada y él tampoco. La miraba con los ojos enfurecidos. Julia intentó recogerse el pelo como pudo, pero le temblaban las manos. Su marido miró a la tonga de ropa. Luego a ella.

Loco de ira le agarró por el pelo, y la arrastró por el suelo hasta dentro del apartamento. Le propinó un puñetazo en la cara. Todo iba tan rápido que a ella no le daba tiempo ni de gritar. Estaba en el suelo, indefensa. Él le rasgó el vestido, le escupió.

Julia permanecía en el suelo. Él se le acercó y le susurró al oído:

-Intenta bailar ahora.

Entonces ella rompió a llorar.

-Eso es, llora-seguía susurrando-Te lo mereces. ¿Crees que está bien ponerte a bailar como una estúpida mientras están las tareas y la cena sin hacer?

Ella no respondió.

-Yo me merezco una buena mujer, Julia, no ésto-dijo, y le propinó una patada.

Desde el suelo Julia todavía podía ver la terraza, y el cielo. Ya el sol se había ocultado por completo.

Capítulo 12

El beso

Era sábado por la noche. La música sonaba tan alto que a penas se oía nada más, ni si quiera los gritos de la gente. Era un local abierto, pero casi no se podía respirar. Olía a sudor, tabaco, a pasión.

Selena ya no era dueña de su cuerpo, ni de sus propios pensamientos. No sabía dónde estaban sus amigas. Tan sólo sentía el retumbar de la música en sus oídos, tan sólo quería dejarse llevar. Su cuerpo bailaba pero ella no marcaba los pasos, se movía con los ojos cerrados.

En la mano tenía la octava copa casi acabada, y un cigarrillo que le había quitado a alguien. El top sin asillas que llevaba se le caía poco a poco pero no le importaba.

Miraba de un lado a otro buscando a alguien, pero no sabía a quién, y de repente pasó. El chico que la había estado mirando desde hacía rato se le acercó. Primero por la espalda, bailando al ritmo que marcaban las caderas de ella. Le puso la mano en el vientre. Ella se giró y le sonrió como pudo. Le parecía realmente guapo, era más alto que ella, musculoso y con unos labios que llamaban la atención.

Él pareció leerle los pensamientos y la besó. A Selena no le importó que su novio pudiese estar en esa misma fiesta. Quizás se estaba dejando llevar demasiado.

Pero éso era justamente lo que había estado buscando. Simplemente quería olvidarse de pensar por un momento, quería evadirse y dejar que otras manos tocasen su cuerpo, quería ser libre.

Capítulo 13

El señor Nicolás

-Mami, ¡el señor Nicolás dice que vas muy deprisa!

Eva conducía, llevando a su hija pequeña en el asiento trasero. Iban solas.

-Dile al señor Nicolás que se calle un ratito, ¿quieres? -respondió algo inquieta.

Eva nunca había creído en fantasmas. Nunca había tenido razones para ello, pero algo le estaba haciendo cambiar de opinión en contra de su voluntad. Lo cierto era que llevaba ya varias semanas sin dormir. No podía. A veces escuchaba a su hija Marta, de cuatro años, hablando sola en su habitación. La escuchaba reírse, conversar con alguien a quien le enseñaba sus juguetes.

Al principio pensaba que se trataba de un amigo imaginario, todos los niños tenían uno en algún momento. Hasta que un día Marta le dijo a su *amigo* que por qué se iba de su habitación. Que por qué quería ir hacia la de Eva.

Esa noche ella sintió algo que nunca había sentido. Un frío que se colaba en la habitación y se apoderaba de su brazo derecho, sintió como si unas garras le agarrasen tratando de llevársela consigo. Por primera vez en su vida se quedó paralizada por el miedo.

Eso había sido la semana anterior. Eva lo recordaba mientras conducía y no sabía qué pensar, estaba asustada. Si realmente su hija podía comunicarse con ese señor que Eva no podía ver, estaría ahora mismo en el coche con ellas. Pero, ¿Qué pretendía conseguir? ¿Qué quería de ella y de su hija?

Eva quería regresar a su casa lo antes posible, pero la carretera estaba muy oscura y llovía. Los cristales se estaban mojando y la vista se hacía borrosa.

-Mami, ¡el señor Nicolás dice que está muy preocupado!

-¡Cállate Marta! -gritó Eva presa del pánico.

No había ningún otro coche. Odiaba pasar por ese camino, pero era la única manera de llegar antes. Eva estaba aún más nerviosa, pensó que de

nada valía llegar a su casa, él las seguiría. ¿Cómo escapar?

Entonces Marta puso una cara de miedo que su madre pudo ver por el retrovisor.

-¿Qué pasa Marta?

-Espera mamá, ¡el señor Nicolás está hablando!

De repente Eva presintió que algo iba mal.

-Mami ¡El señor Nicolás dice que te pares!

-¡¿Qué?!

Eva sintió su corazón palparle desbocado en el pecho, pero reaccionó justo a tiempo. Pisó el freno tan fuerte como pudo, agarrando con sus manos el volante hasta el punto de que sentía sus huesos desquebrajarse. Un grito de terror salió de sus labios y cerró los ojos esperando el desastre.

Pero a ellas no les pasó nada.

De repente escuchó un estampido, abrió los ojos y pudo ver cómo un coche que venía frente a ellas se desestabilizaba y volcaba, haciéndose añicos en la carretera. Se habían salvado.

Gracias al señor Nicolás.

Eva rompió a llorar, de sus ojos brotaban lágrimas de alivio y miedo a la vez. Miró hacia atrás y se encontró con la mirada de su hija, que tampoco entendía lo que estaba pasando. De repente miró a través del cristal y se despidió con la mano. Miró de nuevo a Eva y le susurró:

-Mami, el señor Nicolás se ha ido.

Capítulo 14

Café

Suena la música en la radio mientras Érika prepara el desayuno. Lleva puesta una camisa tan larga que casi le tapa las rodillas. El pelo lucha por zafarse de una coleta mal echa. Mientras espera a que se caliente el café, recuerda cómo había hecho el amor la noche anterior y un suspiro se escapa de sus labios sin querer. Ya lo hacía sin ganas, por costumbre.

Tenía un novio perfecto. O casi. Era alto y no era feo, de musculatura considerable y ojos color miel. Tenía un buen trabajo y un coche envidiable, y muchas chicas se le quedaban mirando cuando paseaba por la calle. Era bueno, amable y detallista con ella.

Quizás Kevin, así se llamaba, tenía todo lo que una chica podía desear, pero Érika se sentía vacía. Nada de él la llenaba por dentro, ni si quiera en las noches como la anterior, donde dejaba que él se adueñara de todo su cuerpo y de su ser, se sentía completa.

De repente la música en la radio se oye entrecortadamente. Se da la vuelta para ver qué le pasa al aparato mientras susurra un "vaya mierda". Al mismo tiempo se oye el borboteo del café cuando está a punto de salir y ella se gira tan bruscamente que le da a la cafetera sin querer y ésta se cae al suelo, dejando la cocina entera oliendo a café. Un desastre.

Ahí mirando el café esparcido por el suelo, Érika siente pena de sí misma. De su torpeza, su amargura, sus vacíos. Entonces la radio vuelve a sonar perfectamente, pero ésta vez con una canción que le arranca las lágrimas.

Winter Light.

Una canción que siempre traería consigo el recuerdo de Simón, siempre que escuchaba esa canción aparecía él, como un fantasma. Podía sentirle y abrazar el olor a café como si fuese el suyo. Podía imaginarle allí mismo, ayudándola a limpiar el desastre, su desastre. Podría llenar ese vacío. Sólo él podría.

Pero ya nunca volvería a compartir con él sus mañanas. Ya hacía demasiado tiempo que no se buscaban, habían rehecho sus vidas.

Pero ella sigue igual de sola y triste que el primer día.

En ese momento Kevin baja las escaleras.

-Dios Érika, ¿qué ha pasado?-pregunta acercándose, se da cuenta de que está llorando-¿Por qué lloras?

-Nada cariño-dice ella levantándose-me he quedado con el café.

Capítulo 15

Un monstruo

Es Nochebuena. Un triste veinticuatro de diciembre más para mí. Cualquier otro tío de veintitrés años estará cenando con su familia, y yo estoy solo en un bar. Concretamente, estoy en la barra, con una copa de ron frente a mí. Penoso. Mi único y maldito compañero.

Me llevo el cigarrillo a los labios e intento que el humo del tabaco invada mi mente y vuelva borrosos mis pensamientos. No quiero pensar en mi vida. Le he hecho daño a todas las personas que un día estuvieron a mi lado. "Eres un puto monstruo", me digo a mí mismo. Y el humo se queda atrapado en la amargura de mi garganta.

Eso es, me convertí en un monstruo. Desde hace tres años vivo encerrado en mí mismo, y nadie, ni si quiera Alba pudo soportarme. Ella huyó de mí. Al igual que mi madre, y eso era lo que más me dolía. La última vez que la ví le grité, le pegué, la insulté. Y ella me miró como una niña asustada miraría a un monstruo en la oscurad.

No puedo aguantar más y salgo del puto bar. El aire gélido de la noche me entrecorta la respiración, pero no quiero volver dentro, no soporto que me vean llorar.

Por fin lo admito. Toda esta mierda ha sido por Leo, mi mejor amigo, mi hermano. Hace tres años que me siento tan muerto como él. Ni si quiera nos despedimos. Y nadie, juro que nadie me ha hecho sentir vivo. Nadie era capaz de levantarme de la maldita cama, hasta que lo hice yo. A mi manera. Y eso fue lo que me jodió la vida.

Me levanté para acabar sentado en una silla cualquiera de un bar miserable como éste. Me levanté para ir a comprarme droga. Para insultar a todo el que pasase por delante. Dormía de día y me levantaba en las noches. Y acababa en cualquier calle con una puta cualquiera. Sí, le hice eso a Alba.

Nunca me habían dolido los ojos tanto como ahora. Las lágrimas me duelen, me queman en las mejillas.

Me fallé a mí mismo, a mi madre, a mi padre, a Alba, pero sobretodo a Leo. ¿Qué mierda estará pensando de mí?

Le doy un puñetazo tan fuerte a la pared que siento mis huesos desquebrajarse.

Yo no quiero ser éste perdedor. Leo y yo nunca fuimos perdedores y él no quiere que yo lo sea.

Busco mi móvil y mis dedos tiemblan mientras teclean un número en la pantalla. Quiero arreglarlo como sea.

Espero impaciente y aún llorando mientras alguien descuelga al otro lado.

-¿Sí?

Tardo un segundo en contestar. Me limpio la nariz y respiro profundamente, pero el llanto se vuelve aún más amargo al contestar.

-Lo siento mamá...

Capítulo 16

En la estación

Hoy regreso al lugar, y aunque no voy a verlo a él, siento que estoy recorriendo un camino de rosas que terminará en un precipicio. Regreso al lugar donde nos despedimos la última vez. Llego al lugar donde quería pero me siento perdida.

Él me quería y yo le quería. Nos queríamos pero nunca le pusimos nombre, nunca lo llamamos amor. Maldita distancia. Pero, ¿Qué íbamos a esperar? Yo soy una chica de pueblo y él es de ciudad. Él es más de camas y yo de sofás. Él quiere una tía que se haya leído cincuenta sombras de grey, yo nunca he ido más allá de un beso.

Veo cientos, miles de personas rodeándome, y pienso con esperanza que él estará allí. Me estoy volviendo loca y quiero salir corriendo, quiero desaparecer y convertirme en un silencio.

Quizás nos separa una línea tan fina como la que divide la noche y el día, el problema es que ninguno de los dos nos atrevemos a traspasarla. El tiempo pasa y lo nuestro se olvida. Me doy cuenta de que me falta el aire, no me basta sólo con regresar al lugar, quiero regresar al momento, cuando él me abraza por la espalda y me pide un beso.

Ya consigo ver la salida de la estación, ya casi dejo atrás este infierno.

¿Él tendrá ya una chica valiente capaz de besarle en los labios? Yo nunca me atreví y quizás solo hacía falta eso, quizás con un beso pudimos enamorarnos, pudimos haberlo llamado amor.

Las puertas de la estación se abren, pero me detengo un instante. No quiero dejar ese lugar, él está allí convertido en recuerdos, allí es donde más suya me siento.

¿De quién fue la culpa? ¿A quién tengo que gritarle que le echo de menos?

No quiero salir, pero hoy sí seré valiente para mí misma. Me armo de valor y siento ya el viento de la calle.

Y me despido del lugar donde todo terminó.

Capítulo 17

Buscando el vestido azul

No es una tarde más, de esas que pasan simplemente porque tienen que pasar, porque el día se acaba y ya.

Es una tarde diferente.

Ana busca como una loca el vestido que se pondrá esa noche. Tiene una cena con sus compañeras del trabajo y no quiere llegar tarde, aunque no se esmerará mucho en arreglarse. A sus cincuenta y cinco años sigue siendo atractiva, pero ella no lo sabe. No es muy alta, tampoco delgada y su pelo negro hace una combinación muy misteriosa con sus ojos azules.

-¿Dónde estará el maldito vestido?-masculla mientras hurgaba desesperada entre las mil prendas de ropa.

De repente desiste y se sienta en la cama. Suspira lentamente. Piensa dónde podría estar escondido ese vestido azul celeste, y mira las cajas que tiene en la parte alta del armario. Coge la silla del escritorio y a duras penas se sube a ella, y escala por las puertas de madera hasta alcanzar una de ellas. Casi se cae al suelo mientras baja, pero consigue llegar de nuevo hasta la cama sin hacerse daño.

La abre despacio mientras tose. Está llena de polvo. Teme encontrarse alguna araña pero eso no pasa. En cambio, mientras rebusca de nuevo en busca de su tesoro, encuentra una chaqueta. Una chaqueta que había sido roja, pero que con el paso de los años se había descolorido. Los botones no son iguales porque alguno se había roto, y está descosida por algunos lados.

Sonríe con emoción y al mismo tiempo se sienta inconscientemente en su cama, ya sus pensamientos están muy lejos de la habitación.

Su mente ha viajado treinta años atrás.

Se encontraba en una tienda de ropa. Junto a ella estaba su amiga Victoria, que quería comprarse algo nuevo. Ana sabía perfectamente que no podría comprarse nada, pero le gustaba pasar su tiempo libre probándose vestidos.

-¡Ana, mira qué camisa más bonita!-dijo Victoria sosteniendo una camisa rosada.

-Te quedará genial.

Mientras su amiga se la probaba, Ana la esperó fuera del probador. Miraba al suelo distraída cuando la dependienta pasó por su lado con un montón de prendas que iban a guardar en el almacén. De pronto se le cayó una pero no se dio cuenta. Ana la cogió, pero antes de dársela se fijó en esa bonita chaqueta roja.

Se imaginó a ella misma paseando por las calles de Madrid junto a Brandon, su chico, con esa chaqueta y se la puso encima. Miró a un espejo situado a su espalda y sonrió dulcemente. Ojalá pudiese comprársela.

En ese momento Victoria salía del probador justo a tiempo de ver esa sonrisa dibujada en el rostro de su amiga. Ana se la quitó rápidamente avergonzada, no quería que Victoria supiera que no tenía suficiente dinero. Ni si quiera había traído una triste moneda.

-¿Por qué te la quitas Ana? ¡Te queda ideal!

-Da igual, sólo me aburría.

-¿Te la llevas, no?

-Ya tengo suficientes abrigos.

-¡Pero ninguno así!

Ana sonrió y dejó la chaqueta a un lado. Victoria salió de la tienda con su camisa, y ambas fueron juntas a tomar algo.

Pasaron los días y cada vez que Ana pasaba delante de la tienda pensaba en su chaqueta roja.

Llegó el día en el que Brandon había prometido llevarla al cine. Ana estaba muy ilusionada, le esperaba impaciente. Pensó en lo bien que se lo pasarían, en que tal vez la besaría hoy. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y su corazón le latía frenético en el pecho. Por fin Brandon llegó en su coche.

Pero esa sería la última vez que la iría a buscar. Al llegar a la sala de cine, una chica de la misma edad que Ana se les acercó.

-Brandon, ¿Quién es esta chica?- le dijo alzando la voz.

Él se puso pálido y no supo qué responder.

-¡Respóndeme! ¿Te estás viendo con ella?

-Sí-se atrevió a responder Ana tras varios segundos de silencio- ¿Qué pasa Brandon?-le dijo a él mirándole a los ojos.

Todo estaba muy claro. Brandon, como un cobarde abandonó la sala de cine y desapareció de la vida de Ana.

Ella se sintió destrozada. Pasaba los días pensando lo enamorada que había estado mientras él se veía con otra, lo tonta que había sido.

Y Victoria no podía ver así a su amiga.

Un viernes por la tarde invitó a Ana a dormir en su casa. Mientras preparaban la cena juntas intentaba animarla. De repente sonrió divertida.

-Ana, tengo algo para ti-le dijo.

-¿Qué es, Vicky?

-Pronto lo sabrás.

Después de la cena subieron al dormitorio, y Victoria ordenó a su amiga que cerrara los ojos. Ana sentía una curiosidad infinita.

De repente Victoria le puso un abrigo. Se lo colocaba mientras Ana seguía con los ojos cerrados. Al principio pensó que se trataría de uno usado de su abuela, super feo, por hacer la gracia. Pero no.

Ana abrió los ojos y se encontró igual de guapa que hacía un mes en la tienda de ropa. Victoria le había puesto la chaqueta roja que tanto le había gustado.

Ninguna pudo articular palabra y se abrazaron.

En su cama, Ana estrecha la chaqueta entre sus brazos intentando sentir el abrazo de Victoria, y una lágrima se escapa de sus ojos. Hubiese dado todo por volver a ese instante. Entonces, recuerda el día que se la puso por primera vez.

Era una tarde de invierno. El cielo presagiaba lluvia y Ana tenía prisa por volver a casa, había estrenado la chaqueta y no quería que se mojara. Caminaba entre el gentío de la ciudad, y de pronto alguien le agarró el

brazo.

-¡Ruth!-dijo una voz masculina a su espalda-¡pensé que te habías perdido!

Ana se giró y pudo ver cómo el chico que la había llamado se ponía colorado.

-Lo siento, no soy Ruth-dice ella tímidamente.

-Perdón, pensé que eras ella, tiene puesto un abrigo rojo como el tuyo...

-No pasa nada-Ana sonrió.

Pensó que el chico se iría pero no lo hizo. La miró a los ojos y le devolvió la sonrisa.

Justo en ese momento una chica con un abrigo parecido al de Ana apareció detrás de él.

-¡Mario! ¡Estoy aquí!-debía de ser Ruth.

-¡Por fin!-dijo él.

Se marcharon, pero antes de darse la vuelta Mario miró a Ana, y en ese momento ambos sabían que volverían a coincidir.

Y así fue.

Después de varios días coincidieron de nuevo justo en esa misma calle. Él se atrevió a invitarla a un café. Ninguno sabían por qué, pero se atraían. Con el tiempo Mario dejó a Ruth para enamorarse de Ana.

Ahora las lágrimas de ella son amargas. Melancólicas. Compartió veinte años de su vida junto al padre de sus hijos. Hacía diez años que vivía en su recuerdo.

Ana se olvida de su vestido azul. Tiene algo mucho mejor que ponerse.

Capítulo 18

Identidad

Isora se siente vacía. Está en una plaza, junto a un grupo de gente a los que hace llamar *amigos*. Se siente mal consigo misma. Todos hablan de cualquier tontería, se ríen, charlan. Hablan de lo mismo. Como siempre. Es el grupo de gente con el que sale desde hace mucho tiempo. Quizá demasiado. Nunca se ha abierto del todo con ellos y se siente incompleta porque le hace falta alguien con quien ser ella misma, alguien con quien compartir su pasión.

Isora se siente aún más vacía cuando recuerda que pronto debe volver a casa. No debe olvidar ponerse el antifaz antes de entrar. Debía aparentar ser la chica que piensan que es, la típica a la que le gusta escuchar música pop, pensar como una tonta en los tíos, ir de compras y todas esas demás boberías.

De repente llega otro grupito de gente a la plaza. Isora no puede evitar mirarlos. Ve cómo se sonríen unos a otros, comparten un banco y abren un paquete de pipas. A simple vista se nota que todos forman parte de una pequeña familia, todos. No tienen que esconderse, son lo que son y punto. Isora deseó que ellos fuesen sus amigos.

-Eh, mira esos pringados tía-le dice una de las amigas de Isora a otra- ¡Son góticos!- ambas empiezan a reírse.

Se están riendo de los mismos a los que Isora envidia. Ella siente que algo crece cada vez más en su interior. Es un fuego que incendia a grandes pasos su corazón, lo llena de adrenalina. Está harta de pertenecer a una panda de hipócritas que no hace más que reírse de los demás porque ellos mismos no conocen cuál es su verdadera identidad.

-Quizás no son ellos los pringados-Isora no puede evitar responder.

Todos la miran como si estuviese loca.

-¿Y entonces quiénes son?-le responde un chico.

Isora se levanta y no les hace caso. No puede escuchar más risas. Su corazón en llamas la hace ser indomable y el antifaz se consume, se destruye, se ha convertido en simples cenizas.

Y nunca más habrá otro.

Capítulo 19

Ignorancia

Juanjo camina rumbo a su trabajo. Se siente triste. Este mes no podrá pagar la gasolina del coche. Tampoco las clases particulares de su hijo. Pero aún sigue teniendo un trabajo con el que llevar comida a su casa, y eso le alentó.

Hoy le toca de tarde. Odia cuando le toca de tarde, se perderá la cena y no llegará hasta las tantas. Hoy no podrá dar besos de buenas noches... Pero al menos tiene una cama donde dormir, junto a alguien a quien ama, y que le ama.

Al mirar su reloj se da cuenta de que llega tarde. Se apresura y camina deprisa entre el gentío. No puede permitirse ni un solo fallo o le despedirán. "Vamos apartense, joder".

Por fin llega a las puertas del tranvía, justo a tiempo para ser el último que entra. Se sienta en el único espacio libre y sin querer escucha una conversación a sus espaldas:

-Sí Conchi, ¡Tu marido se parece todito con el camarero del Rocky's!
-Elvira por favor, ¡No me lo compares con un simple camarero!

Juanjo no se siente para nada dolido. Levanta la cabeza con orgullo y sale del tren en la parada siguiente, para caminar un par de calles más, y ponerse a servir mesas.

Capítulo 20

La casa del señor Smith

Estaba nerviosa y me sudaban las manos. Ya casi era la hora de ir a casa del señor Smith.

-¡Mariana!-me chilló mi madre desde la cocina-¡Apresúrate!
-¡En seguida me marchó, madre!

Me miré un momento en el pequeño espejo de la habitación y bajé las escaleras apresuradamente, no quería llegar tarde.

-Toma niña, llévate esto de merienda- me dijo dándome una cestita.

-Gracias, madre-me dispuse a salir, pero ella me detuvo.

-Un momento-me agarró por el brazo- ¿Te has puesto polvos en la cara?

-¡Desde luego que no!

-Mariana, no me mientas- dijo con una mirada acusadora.

-Yo nunca le miento-respondí nerviosa, ocultándole la verdad.

Tras unos segundos eternos, sueltó mi brazo dejándome marchar.

-Regresa antes hoy, Mariana. El invierno se acerca y puede que llueva.

-No se preocupe madre.

Salí por fin y caminé cuesta arriba, el señor Smith debía estar esperándome ya. Me lo imaginé sentado en su precioso sillón inglés, vigilando por la ventana, con su pipa entre los labios.

Hacía varios meses que trabajaba para él. Después de la muerte de su marido, Madre tuvo que buscar trabajo para mí y mis tres hermanas mayores. Catalina y Magdalena se fueron a trabajar al campo, Rosana enseñaba a leer y escribir a unos niños del pueblo, y yo limpiaba la casa del señor Smith, un hombre adinerado sin esposa que realizara las tareas del hogar.

Aún recuerdo el primer día. Madre me acompañó para mostrarme el camino, y recoger el dinero. Me dijo que fuese respetuosa. *"No le mires si él no te mira, no le hables si él no te habla y obedécele sin rechistar."* Él nos abrió la puerta y vi por vez primera su rostro. Era bastante mayor que

yo, alto, y apuesto. Sentí sus ojos clavados en mí, pero yo no me atreví a levantar la vista del suelo. Mis mejillas ardían. Confieso que, cuando madre se marchó, tuve miedo, quise salir corriendo e irme tras ella.

Me llamaron la atención sus ojos azules. Nunca había visto unos así. En ese pueblo todos los hombres eran parecidos, morenos y rudos al hablar. Quizás por eso el señor Smith me producía tanta inquietud.

Llegué por fin a su fachada, pero antes de tocar la puerta me alisé un poco la falda, y me retoqué el pelo.

El señor Smith me invitó a pasar. Como todos los días, esperé que cerrase la puerta para recibir sus órdenes.

-Dime, Mariana, ¿Cómo te encuentras hoy?-me preguntó dulcemente.

-Muy bien, señor-respondí aún mirando al suelo.

Él se me acercó, y con su mano levantó mi barbilla para que le mirase a los ojos. Nunca había hecho eso.

-Te he dicho que me mires mientras me hablas.

Entonces sus ojos azules me hicieron sentir desnuda.

Dejó caer su mano y caminó de espaldas a mí, hacia su despacho mientras me explicó las tareas que me tocaba hacer.

Yo asentí y fui hacia la habitación, empecé por arreglar su estancia. Dejé la cestita de la merienda en el suelo, y quité las sábanas de la cama, que estaba sin hacer. Unos mechones de pelo se me zafaron del recogido y acariciaron mi frente.

Escojí del armario unas limpias sábanas de tela blanca, con bordados ingleses. Eran preciosas. Mientras las estiraba me pregunté si el señor Smith habría estado alguna vez con una mujer.

Escuchaba sus pasos por los estrechos pasillos mientras me apresuré en realizar todas las demás tareas.

-Puede tomarse un descanso, Mariana-me dijo al cabo de unas horas.

-Gracias, señor.

Me dispuse a tomar la cestita, pero él me detuvo.

-Disculpe mi pregunta-el corazón se me aceleró sin querer-¿está usted bien, señorita?

-Sí, señor.

Él se acercó a mí un paso más.

-Hoy te encuentro especialmente nerviosa.

-No es nada, no se preocupe.

Me miró con recelo y yo me sonrojé.

-¿No puedo saber entonces qué le inquieta?

Yo tardé un segundo en contestar.

-Hoy madre me ha advertido que puede hacer mal tiempo, y me ha pedido que regrese antes-notaba mis mejillas arder.

-¡Podría habérmelo dicho antes! Por favor, regrese ya mismo.

-Pero señor, aun no he terminado.

-No importa, podrá terminar mañana.

-Se lo agradezco, señor.

Me acompañó hasta la puerta.

-Y por favor Mariana-le miré- llámeme James.

James. Durante el camino de vuelta a casa, no pude quitarme ese nombre de la cabeza. Ese nombre sería la llave de la libertad.

